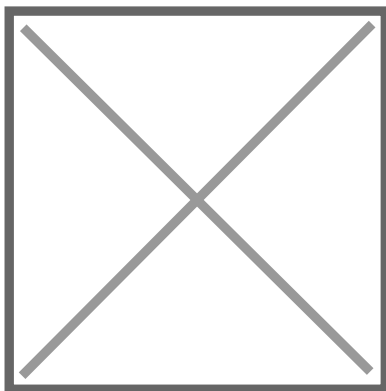




Borges, la Vieja Ginebra y Esperanza de Luz

Un paro similar al de días pasados, me depare hace años la ocasión en estas mismas columnas, de una reflexión acerca de los fúgidos. El destino, la "moira" griega, volvió a suspender actividades durante los días 3 y 4 del presente mes, exclusivamente quince para permitirme retomar durante el bendito ocio que este imploró, con alguna calma, a Borges. Ginebrino, como soy, aquí, donde Jorge, a sus anchas. De ello di cuenta a Chile mediante télex que, para mayor seguridad en su recepción, traje personalmente desde Uster. Su texto, como algunos saben, fue el siguiente: "Siguiendo la propia voluntad del escritor, sus suegros tuvieron lugar en la catedral de Saint Pierre, situado en la antigua Ginebra, templo en cuyos cimientos se encontraron hace años vestigios paganos. Hablaron un pastor calvinista y un prelado católico. Ambos recordaron parábolas de Borges. Ambos citaron a Juan el evangelista poeta: "Et le verbe était Dieu". Ambos, también, se dirigieron con afecto a María Kodama y suscribieron el Génesis: "Hicieron et formó il les crea". El férreo estaba cubierto de un manto de rosas blancas y entre las coronas había una que decía simplemente "Al más grande de los forjadores de consuetudines" ("Fergaron dei Revis..."). Habla parte importante —yo seguí el oficio apurado y desde un rincón y usual, sin consulta previa, la representación informal de los cientos de chilenos y chilenas que aman su obra—. También los ministros de Dios mencionaron su visión interior, la de su izquierda terrenal. Recordó los versos de nuestro Neruda: "En el fondo del pozo de la historia, comp un agua más sonora y brillante, brillan los ojos de los poetas muertos". Luego se lo llevaron al panteón del Cementerio del Plan Palais, donde en estos días cantan los pájaros y florece la primavera. Pero con tristeza que el Premio Nobel se había quedado para siempre sin Borges.

Pero hay más. La Vieja Ginebra me pena y en cuanto tal, la quiero y no la quiero. Hace ya mucho tiempo, entraron Jorge Edwards y yo a un bar de allí, a celebrar nuestro encuentro. El establecimiento resultó ser anticuado. (Reservados, Jorge) Ya que Chéver, con sus ojos de bicho y su barbilla puntiaguda rigía, por su parte, pecando en el hogar. De los notables señalamientos de esa Vieja Ginebra, famosos en el mundo entero, escribí un día "Presencia de objetos simbólicos", "solo per-



Jorge Luis Borges y Ginebra, la ciudad vieja, allá pasó sus últimos días.

elimos cuando soñamos", según la hermosa frase de André Breton.

Más, volvamos a Borges. Poco tiempo antes de morir, vivió junto a María Kodama en el hotel "Le Chaudelier" ("El Candelabro"), pequeño, confortable e íntimo, situado también, en el centro de la "Vieille Ville". Entre la Catedral de Saint Pierre y el "Chaudelier" se halla, asimismo, pequeña, confortable e íntima, una de las principales agencias de Christie's. El estado de situación del escritor, sólo le permite, a veces, un simple hojear de sus catálogos. "Chaudelier" expresa el "Diccionario del Símbolo", "symbole de lumière spirituelle, de sermone de vie et de salut".

Pasó los días y la imagen de ese funeral solemne y sobrio bajo la inmensa bóveda gótica de Saint Pierre en plena "Vieille Ville" de Ginebra, donde tantas efusiones se vieron entrecruzarse a través de los años, permanece intacta en su mente.

¿Cuál fue por sobre todos, el gran anhelo borgeano? Con precisión gala, lo resumí hace algunos días el escritor francés Jean d'Ormesson: "Tan misteriosa, tan imprevisible, Borges, de alguna forma siempre escribió sobre una misma cosa. Descubra la filosofía única que resumiera todo el Universo". Dice Borges en el Aleph: "El diámetro del Aleph sería de dos o tres ocularios, pero el espacio cómo estaba ahí, sin disminución de tamaño. Cada cosa (la luna del espejo, digamos) era infinitas cosas, porque yo claramente la veía desde todos los puntos del universo. Vi el poblado mar. Vi el alba y la tarde, vi las muchedumbres de América, vi una plateada telaraña en el centro de una negra pirámide, vi un laberinto rojo (era Londres), vi interminables ojos inmediatos escrutándose en mí como en un espejo, vi todos los espejos del planeta y ninguno me reflejó, vi en un trapiche de la Calle Soler las mismas baldosas

que hace treinta años, vi en el saguín de una casa en Pray Bentos, vi racimos, nieve, tabaco, vetas de metal, vapor de agua, vi conversos de otros equisiales y cada uno de sus grupos de arena, vi en Inverness a una mujer que no olvidaré, vi la violenta cabellera, el activo cuerpo, vi un cíncero en el pecho, vi un círculo de tierra seca en una vereda, donde antes hubo un árbol, vi una quenta de Adrogé, un ejemplar de la primera versión inglesa de Plinio, la de Philonon Holland, vi a un tiempo cada letra de cada página (de chilo, yo solía maravillarme de que las letras de un volumen cerrado no se machucaran y parecieran en el decaído de la noche), vi la noche y el día contemporáneos, vi un posente en Quaciano que parecía reflejar el color de una rosa en Bengala, vi mi dormitorio sin nadie, vi en un gabinete de Alkmaar un globo terráqueo entre dos espejos que lo multiplicaban sin fin, vi casales de crin arremolinada, en una playa del Mar Caspio en el alba, vi la de-banda oscura de una mano, vi a los sobrevivientes de una batalla, enviando tarjetas postales, vi en un escaparate de Miramar una heraja española, vi las sombras oblicuas de unos helechos en el suelo de un invernáculo, vi ligeros, ámbolos, blanqueas, marcadas y ejefichos, vi todas las horruigas que hay en la tierra, vi un astralado perro, vi en un cajón del escritorio (y la letra se hizo temblar) curules obscenas, increíbles, precias, que Beatriz había dirigido a Carlos Argentino, vi un adorado monumento en la Chacarita, vi la reliquia atroz de lo que deliciosamente había sido Rosalva Viterbo, vi la circulación de mi oscura sangre, vi el engranaje del amor y la modificación de la muerte, vi el Aleph, desde todos los puntos, vi en el Aleph la tierra, y en la tierra otra vez el Aleph y en el Aleph la tierra, vi mi cara y mis vísceras, vi tu cara, y sentí vértigo y dolor, porque mis ojos habían visto ese objeto secreto y conjetural, cuyo nombre usurpan los bombas, pero que ningún hombre ha mirado: el inconcebible universo".

Sentí infinita veneración, infinita lástima.

Amigo Borges, que el Dios de la Misericordia te dé para siempre la luz. Que algún día, también nos la dé.

Manuel Montt Balmaceda

Borges, la vieja Ginebra y esperanza de luz [artículo] Manuel Montt Balmaceda.

Libros y documentos

AUTORÍA

Montt Balmaceda, Manuel

FECHA DE PUBLICACIÓN

1986

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Borges, la vieja Ginebra y esperanza de luz [artículo] Manuel Montt Balmaceda. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile